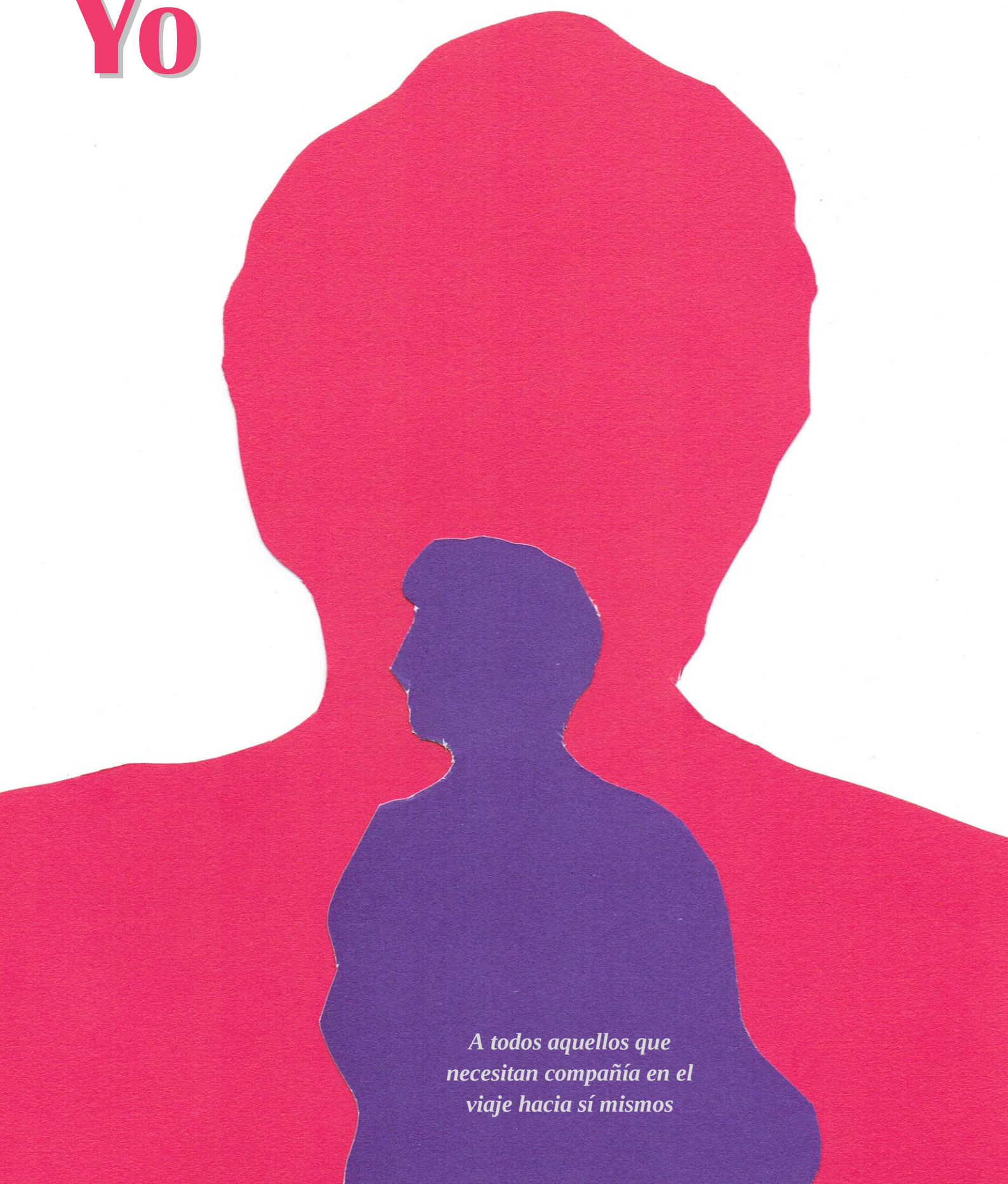


TEÓFILA Y

Yo



*A todos aquellos que
necesitan compañía en el
viaje hacia sí mismos*

Buceo por las cristalinas aguas de Cabrera.

El sol ilumina el Mediterráneo sin dejar un resquicio a la oscuridad; la luz baña el fondo oceánico, donde extensas praderas de posidonia ondean al son de la marea. Las nacras se elevan entre los verdes campos como monolitos submarinos. Un cardumen de salpas doradas ejecuta una coreografía con exquisita sincronía. Las escamas plateadas de chopas y lubinas crean tornasoles de colores. El paso de una silueta arrastrada por la corriente cubre el sol y los tornasoles se apagan. La figura está inmóvil, flotando a la deriva; a contraluz, un halo luminoso perfila su contorno: es humana.

Me asusta que se haya ahogado, por lo que nado hacia ella. La silueta se gira hacia mí y la luz revela el rostro de una anciana. Viste un camisón blanco, con las mangas y el cuello bordados. Me indica con la mano que la siga y parte dirigente hacia la costa. No lleva gafas de buceo ni bombonas de oxígeno y, de repente, soy consciente de que yo tampoco. ¿Cuánto tiempo llevo bajo el agua?

Me conduce hacia una gruta submarina del azul más intenso que jamás he visto, como si un cielo de verano se hubiera derramado en aquellas aguas. Nos adentramos en la profundidad de la cueva, donde el negro más absoluto devora al celeste. Siento miedo y frío, pero no retrocedo. Solo veo el camisón de la anciana que brilla tenuemente en la oscuridad. La única opción es avanzar tras ella. Poco a poco, la penumbra se va diluyendo y el azul vuelve a inundarlo todo. La claridad se filtra desde la superficie.

Al ascender, quedo sobrecogido por el paisaje. Una regia montaña coronada por dos picos se erige ante nosotros; su imponente magnitud me hace sentir minúsculo. Miro a mi alrededor. Estamos rodeados de un bosque de coníferas, en el interior de un enorme circo glaciar. No puedo creer lo que ven mis ojos. Me llevo un sorbo de agua a la boca y compruebo que ya no es salada: estamos en un lago. La suave brisa marina de Cabrera se ha transformado en frío viento de montaña.

En la orilla, un rebeco sacia la sed. Me pierdo en sus ojos azabaches. Algo lo asusta y huye hacia la montaña, grácil. A pesar de la distancia, puedo verlo brincar por los escarpados riscos, posando las pezuñas con solemne ligereza en los salientes. Y enseguida sé **donde** estoy. Doy un par de brazadas para acercarme a la anciana, que flota ingrávida a unos metros de mí, con el camisón extendido como una balsa de tela.

– Disculpe, esos picos de ahí, son Los Encantados, ¿verdad? Ese rebeco es como el de la leyenda. Pero... ¿cómo? Estábamos...

La anciana me mira y, sin mediar palabra, me zambulle con energía en las frías aguas del Lago de San Mauricio. La escucho reír burlona en la superficie. Cuando emerjo, la montaña ya no está. Ahora, el lago es mucho menor y, donde había bosques de coníferas, se extienden prados de matorrales y roca. La anciana me observa, risueña, sentada sobre los guijarros de la orilla.

Salgo del agua y me siento junto a ella. La estudio con detenimiento: la frente y las mejillas arrugadas, los labios finos, los ojos color café y el cabello plateado. Cuanto más la examino, menos comprendo lo que veo; aunque sus facciones son el claro reflejo de la senectud, su expresión es vigorosa y serena. Y solo yo parezco estar perdido.

– ¿Dónde estamos?

– En la Laguna de Peñalara –me responde, con voz limpia, infantil.

Contemplo el entorno. La cubierta de piornos de flores amarillas y enebro sirve de alimento a las reses. Identifico las cumbres de Dos Hermanas tras nosotros y la cima de Peñalara al norte.

– ¿Y cómo hemos llegado aquí? Estábamos en Cabrera y, luego, estuvimos en el Lago de San Mauricio, ¿verdad?

La anciana asiente, confirmando que lo que digo es cierto y yo me siento aún más perdido.

– Pero... no es posible –refunfuño y lanzo una piedra a la laguna.

Las ondas se expanden en círculos concéntricos hasta que toda la superficie tiembla. Del interior de las aguas escapan silbidos y sonidos espantosos que chocan con las paredes de piedra y las hacen retumbar. Se desprenden pedazos de roca de las cornisas. Durante unos segundos, los chillidos resuenan por todo el Circo de Peñalara, hasta que se agotan con el eco en la lejanía.

– ¿Qué ha sido eso? –pregunto, tensando los músculos.

– ¿Conoces la leyenda de Kora?

Asiento. ¿Acaso son los silbidos estridentes de los monstruos que, según la leyenda, moran en las profundidades de la Laguna de Peñalara?

– No hay que molestar a las aguas. Durante décadas, se han hecho travesías a nado y la laguna se llenaba de bañistas. Los residuos se acumularon. El entorno dejó de ser el que era. Ha sufrido mucho. Con el tiempo, ha aprendido a defenderse –explica la anciana, que parece haberme leído la mente.

El agua está calma, inmóvil, como si nada hubiera pasado. Pero mi vello sigue erizado.

– Lo siento, no lo entiendo, no comprendo nada –me hago un ovillo y me tapo la cara con los brazos. La anciana posa su mano sobre mi hombro.

– Hay cosas que no es necesario entender, sino disfrutar. Las leyendas no son fáciles de creer, pero se mantienen vivas durante generaciones, porque las gentes las disfrutan, aun a sabiendas de que son mentira. Si te ves capaz de dejarte llevar y disfrutar el camino, sube a la barca –concluye y se levanta.

Cuando abro los ojos, estoy sentado en la ribera de un río, a la sombra de un fresno. La anciana empuja una barcaza de madera varada en una playa de grava. Me pongo en pie de un salto y corro hacia ella. «Dejarse llevar y disfrutar», me digo.

Navegamos por el río Tajo. La anciana me explica las peculiaridades de Monfragüe: cómo el cangrejo de río americano ha sustituido las especies autóctonas y cómo los cantos del sapo corredor embriagan las noches de primavera. Atravesamos la Peña Falcón y me narra la leyenda del Salto del Gitano y yo imagino a los guardias civiles, petrificados ante la increíble hazaña del gitano.

Seguimos hasta un embarcadero. Cuando voy a amarrar la barca, la anciana me indica que no la necesitamos y la dejo marchar río abajo. Me yergo y el embarcadero es una larga pasarela de madera que se pierde en la distancia. Paseamos por ella hasta llegar a un amplio masegar.

La anciana camina delante de mí. Las aves de Daimiel se acercan a las tablas para saludarla: azulones, gallinetas y zampullines; fochas de frente blanca y avetorillos de atentos ojos amarillos; patos cuchara, ánades de friso y rascones; escribanos y bigotudos planean entre las eneas y carrizos... Ninguno quiere perderse la visita de la anciana.

– ¿Quién eres? –le pregunto. Ella me mira y descubro un abismo en sus ojos de café.

– Soy las cosas que amo –es todo cuanto me ofrece como respuesta.

Deslizo mis dedos por la balaustrada. Me deleito acariciando el veteado cuando siento que la barandilla está cubierta de un espeso musgo verdoso. Una suntuosa bruma reptante entre mis piernas. El suelo es una tierra oscura, fértil. Una *Vanessa vulcania* revolotea a mi alrededor con elegancia, luciendo su sofisticado traje de sangre y noche. Sigo su vuelo a través de los enredados troncos de laurel, hasta perderla tras los flecos colgantes de unas barbas de acebiño.

Despierto del embrujo de la mariposa y contemplo la laurisilva en su esplendor. El bosque es frondoso. Los troncos de laureles, viñátigos y tilos están cubiertos de musgos, helechos y hongos, que también pueblan el suelo creando un tupido manto verde. Las palomas turquíes vuelan entre las copas de los árboles. Los canarios cantan. Mis pulmones están henchidos de frescor y vida.

Entre la vaporosa neblina que cubre Garajonay, veo un gato de pelaje moteado, tumbado sobre la tierra húmeda. Más de cerca, las orejas de negro pincel y las largas patillas albinas lo delatan: es un lince. Se levanta y, con agilidad, se desplaza por entre los helechos y arbustos del sotobosque. Cada pocos pasos, se detiene y nos mira.

– Quiere que le sigamos –le susurro a la anciana con entusiasmo y ella me sonríe.

Nos conduce hasta un claro, en cuyo centro se eleva una majestuosa encina que no parece encajar en el bosque. Encontramos una estrecha vereda tras el grueso tronco. El sendero discurre entre altos matorrales de aulagas y cantuesos. El olor a lavanda endulza el ambiente. Hace calor y el aire es seco.

El lince nos guía como el mejor de los guardas forestales. En la raña, pintada de violeta y amarillo, crecen robustas encinas, alcornoques y quejigos solitarios. Las manadas de ciervos pastan por los herbazales y las jabalinas buscan alimento seguidas por sus camadas de jabatos. Reina el silencio. Es primavera en Cabañeros.

– ¿Quién eres? –le pregunto de nuevo a la anciana.

– En otoño, los ciervos lucen ostentosas cornamentas y sus berridos se escuchan a kilómetros de distancia –habla para sí, como si no hubiese escuchado mi pregunta– Las

aulagas y cantuesos no están en flor. La raña no es la misma en otoño. Tampoco yo soy la misma en otoño –dice convencida y me mira a los ojos– ¿Quién soy? Quien soy ya no tiene sentido. Quien soy no es más que la transición entre quien fui y quien voy a ser. A mi edad, soy solo un eco distorsionado de quien fui y quien fui ya a nadie le importa.

– A mí sí.

Me sonrío, con la ternura de quien le habla a un niño. Agarra mi mano y me lleva por una angosta senda a través de dos altos matorrales. Me golpeo con las ramas y me clavo varias espinas. Del otro lado, un cielo infinito reposa sobre un vasto páramo de roca que se despliega hasta el océano. Me siento extasiado por la grandiosidad de las vistas. Estamos en la cima del Teide, allí donde la tierra toca el firmamento. Identifico las islas de la Gomera y el Hierro. No hay calima.

– Para mí, haber sido es suficiente. Ya fui silencio y berrea, también selva y secarral. He sido montaña y laguna. Yo ya fui, ya hice mi parte. Eres tú quien se queda. La pregunta es quién eres tú, joven, y, sobre todo, en quién te vas a convertir –acaricia mi mejilla; yo la contemplo, confuso – Vamos, aún nos queda camino.

Caminamos unos metros hasta una tirolina que desciende ladera abajo y cuyo recorrido parece no tener fin. Del cable de la tirolina, pende un asiento de dos plazas. La anciana ocupa una de ellas y me hace un gesto para que la acompañe. Obedezco por inercia, mientras mi mente reflexiona: «¿Quién soy? ¿Quién seré?». Mis pies se balancean sobre la empinada pendiente. La anciana se impulsa y el cable chirria. Vuelvo en mí. Al instante comprendo que estoy suspendido en el vacío. Bajo nosotros, el abismo se hace más y más profundo. Siento vértigo. La anciana se impulsa de nuevo. Avanzamos unos centímetros y la gravedad hace el resto. «¿Quién soy? ¿En quién me voy a convertir?» me martillea mi mente mientras nos deslizamos a gran velocidad sobre la cara sur del Teide. A nuestra derecha, la boca del Pico Viejo se abre hacia el cielo tratando de engullir las nubes. Al frente, el Roque Cinchado posa para una postal.

La tirolina desemboca en un malpaís de vírgenes rocas volcánicas. Una docena de camellos están atados a estacas de madera. Bozales de alambre oprimen sus hocicos. Uno de ellos hace una mueca de dolor y se me escapa una lágrima. La anciana saca unos alicates de un bolsillo de su camisón que antes no parecía existir. Liberamos a los camellos y dos de ellos se arrodillan para que montemos sobre sus jorobas.

Cabalgamos a través de los mares de lava hacia el cinturón de las Montañas del Fuego. El rítmico sonido del galopar rompe el sepulcral silencio. Los líquenes colonizan las lavas, salpicando de blanco el inhóspito páramo. A las faldas de las Montañas del Fuego, continuamos a pie. Subimos la ladera entre escoria y piroclastos. Un lagarto de Haría luce sus ocelos azules mientras se achicharra bajo el sol. Desde la cima, admiro el rosario de cráteres alineados que conforman la columna vertebral de Timanfaya. La anciana hunde los dedos en la tierra caliente.

– Está viva –murmura convencida.

Algo capta mi atención en el interior del cráter. No sé lo que es, pero una fuerza invisible tira de mí. Desciendo escurriendo mis pies por el lapilli. En el fondo, una flor de marfil se yergue vanidosa. La reconozco enseguida, es Edelweiss, la flor de las nieves. Me tumbo para observarla más de cerca. Quedo prendado de sus pétalos de luna. Alargo el brazo para cogerla cuando algo me detiene justo antes de arrancarla.

Un ronco gruñido retumba en la inmensidad. Las montañas rugen en la distancia. Timanfaya se desvanece y el Circo de Sousa tiembla. Un escalofrío me recorre por entero. Retiro la mano rápidamente y me quedo inmóvil hasta que el eco se apaga. Me giro despacio. Detrás de mí, un enorme oso pardo, erguido sobre las patas traseras, me reprende con firme mirada color canela. La anciana sosiega al oso con un gesto y este vuelve a la posición cuadrúpeda, aunque sus ojos canela aún arden en reprobación.

– Aléjate de la flor –me indica la anciana.

Me levanto con prudencia. Una vez en pie, el oso se calma.

– Solo respeta su espacio. La naturaleza necesita su espacio –me explica.

Caminamos con el oso por el valle del río Arazas. Una paleta de naranjas, marrones y verdes se despliega sobre los bosques de pino negro y hayas. Los erizones en flor pintan de amarillo las crestas rocosas. Las Tres Sorores custodian el valle con sus sombreros de nieve. Es otoño en Ordesa. El oso chapotea en el río, persiguiendo truchas junto a la Cola de Caballo. La anciana lo contempla con la misma ternura que a mí.

– ¿Os conocéis? –le pregunto y ella me sonríe.

– Siempre nos conocimos.

Llegamos hasta el refugio de Góriz. A esa altura, la nieve cubre la ladera como una alfombra de algodón. Nos despedimos del oso en silencio.

– No sabía que hubiera osos en Ordesa –murmuro con cierta pena.

– Apenas quedan, pero estamos intentando recuperarlos. En primavera, habrá una nueva camada –dice con ilusión y comprendo que no es un oso.

La osa se aleja corriendo en la nieve, un rastro de huellas imprime su estela. Imagino a los oseznos creciendo en su vientre. Ella es el futuro del oso pirenaico.

– Ella es el futuro de su especie, al igual que tú –dice, adivinando mis pensamientos.

La anciana y yo seguimos ascendiendo. Los sarrios rebuscan pasto en las heladas praderas. Subimos por las pedregosas morrenas de grava y nieve. Las palabras de la anciana reverberan en mí: «Soy el futuro de mi especie» y, de nuevo, me pregunto quién soy y quién seré. El aliento gélido de la Gruta de Casteret nos saluda al pasar. Alcanzamos la Brecha de Rolando. Las verticales paredes de piedra de cien metros de altura son afilados cuchillos queriendo rasgar el cielo. La nieve se desparrama por los escarpados riscos como cascadas de leche. El sol brilla, radiante, en un cielo sin nubes. Sin embargo, del otro lado de la brecha, una ventisca azota la cordillera.

– ¿Tenemos que seguir por ahí? –pregunto, asustado.

– Tranquilo, ninguna tormenta es eterna –me calma la anciana, con voz sabia y ademán decidido – Póntelos –ordena, señalando unos esquís apoyados sobre la roca.

Obedezco, porque algo me dice que solo junto a ella podré responder las preguntas que en mí ha despertado. Mientras afianzo las botas en los esquís, las dudas me abordan: «¿Quién soy? ¿Puedo ser el futuro de mi especie sin ni siquiera saber quién soy? ¿Qué futuro le espera a la humanidad?» La anciana, por su parte, sube a una tabla de snowboard y se lanza desde la Brecha hasta perderse en la tempestad. La sigo, ensimismado en mis pensamientos, sin percatarme de la virulencia de la tormenta.

Un blanco apagado lo envuelve todo, apenas puedo ver unos metros más allá; en el cielo, los grises nimbos se ciernen sobre la montaña como si trataran de enjaularnos. He perdido de vista a la anciana. La nieve me empapa y el viento me azota hasta agrietarme los labios. Comienzo a angustiarme. Me detengo y, mientras la tormenta me golpea

desde fuera, mi mente me martiriza desde dentro: «¿Tú eres el futuro de tu especie?». Me enfurezco con mi mente por hablarme así, como si ella no estuviese atrapada en una ventisca. Me coloco en cuclillas, con los brazos cruzados sobre las rodillas y la cabeza escondida entre ellos. Cierro los ojos con fuerza, con el firme deseo de que al abrirlos estemos en otro lugar; pero las bocanadas de aire gélido me sacuden para recordarme que sigo allí. El viento silba entre las cumbres, resonando como los chillidos de los monstruos de la Laguna de Peñalara. Eso me evoca las palabras de la anciana: «Hay cosas que no es necesario entender, sino disfrutar». Y me doy cuenta de que soy como la ventisca: cuanto más me obceco en encontrar respuestas, más sopla el viento. Tal vez, la mayor de las tormentas es la que llevo por dentro. Respiro hondo, despacio; «Dejarse llevar y disfrutar», me digo y la ventisca amaina a la vez que se sosiegan mis miedos.

Cuando abro los ojos, el celeste del cielo se funde con el Mar Mediterráneo. La costa de África se divisa en el horizonte. La anciana hace cabriolas más arriba, en la cima del Mulhacén. Me impulso hacia ella con entusiasmo. Al otro lado, los glaciares de Valdeinfierno, Valdecasillas y Vacares confluyen para originar el Río Genil. Todo está helado; es invierno en Sierra Nevada.

– A veces, estamos tan atrapados por nuestras propias tormentas que no podemos ver que nos encontramos en la cima –me dice cuando la alcanzo.

Descendemos por Valdecasillas haciendo piruetas y volteretas en el aire. Bordeamos la Alcazaba para ascender por la Chorrera de Vacares y pasar junto al puntal homónimo. La anciana se detiene en el lugar donde, en verano, se encuentra la Laguna de Vacares.

– Según la leyenda, bajo esta laguna hay un palacio más hermoso que la Alhambra; un palacio que estaba rodeado de un bosque frondoso y cuya existencia nadie conocía. Pero la princesa se enamoró y el rey, que la quería solo para él, mató al amante de la princesa. Esta comenzó a llorar hasta inundar el palacio y el bosque y hacerlos desaparecer bajo las aguas.

– ¿Crees que se puede llorar tanto?

– Solo si se tiene una razón de peso.

Reflexiono acerca del palacio y la princesa mientras mi perfeccionista mente analiza nuestro trayecto. No lloré atrapado en la tempestad ni por el gruñido de la osa. Tan solo

se me escapó una lágrima con el dolor de los camellos. ¿Acaso yo tengo una razón de peso para inundar castillos? Absorto, tropiezo con un montículo y caigo plácidamente sobre la nieve. La anciana se tumba a mi lado y hacemos ángeles de nieve bajo la bóveda celeste.

Poco a poco, la nieve comienza a sentirse menos fría y yo a sentirme más mojado. Unos instantes después estoy haciendo ángeles de espuma en el Atlántico, frente a los altos acantilados de la Illa do Faro. La brisa marina canta en gallego. Gaviotas y cormoranes planean sobre nosotros. Una amplia sonrisa se dibuja en mi rostro. Estoy tranquilo, relajado; aunque la sensación no dura mucho. El agua se vuelve oleosa rápidamente. Una capa brillante y viscosa cubre la superficie. Al oeste, perfilado por un sol que empieza a descender, un barco se hunde.

Nadamos hacia la orilla con premura. Desde allí, vemos el petróleo extenderse como una mancha negra que lo cubre todo. Y el mar se convierte en aceite. Lloro intensamente, sin medida, mi cuerpo tiembla con cada sollozo.

– Esta es mi razón de peso –murmuro entre lágrimas.

– Tranquilo, pasará –me dice con compasión y me acaricia el cabello–. La naturaleza es la madre de la resiliencia. Sanará. Vamos, levanta. Aún nos queda camino.

Me seco las lágrimas en el antebrazo y voy tras ella. Escalamos los escarpados acantilados de Cíes. La anciana trepa con abrumadora facilidad, mientras que yo pongo toda mi atención en decidir dónde colocar manos y pies. El sudor gotea de mi frente. Mis bíceps tiemblan y los dedos me duelen.

Una vez arriba, y mientras trato de recuperar el aliento, me giro para ver el petróleo, pero detrás de mí solo encuentro el cráter de un volcán: la Caldera de Taburiente; en cuyo interior las nubes han quedado atrapadas formando un mullido colchón de algodón. El violeta y el rosa danzan en el cielo.

– ¿Cómo tienes tanta energía? –le pregunto jadeante. He decidido aparcas la preocupación por las Cíes por miedo a que una nueva tormenta de dudas me zarandee.

– La pregunta es por qué todos tienen tan poca. Cuando era niña no había árbol ni montaña que se me resistiese.

«Ni ahora tampoco», pienso para mí. Y luego reflexiono acerca de lo que ha dicho.

– Tienes razón. Todo el mundo sueña con poder volar, pero nadie imagina el esfuerzo que requeriría y, sin embargo, hay cosas físicamente posibles que no realizamos por quedarnos en casa. Nadie trepa a los árboles ni bucea entre peces de colores.

Los ojos de color café de la anciana brillan con picaresca.

– ¿Quieres volar?

No tengo tiempo de responder cuando agarra mi mano y saltamos a la Caldera. Atravesamos el mar de nubes y las gotitas en suspensión me refrescan las mejillas. El camisón de la anciana ondea como la vela de un barco. Sobrevolamos dunas de ocre arenas que recogen los últimos rayos de sol. Contra todo pronóstico, volar no me requiere ningún esfuerzo, como en las películas.

En una extensa marisma se congregan miles de aves zancudas. Descendemos sobre las aguas; con las yemas de mis dedos, trazo surcos cristalinos en la superficie. Un flamenco da un par de zancadas y aletea con fuerza para remontar el vuelo. Las aves a su alrededor lo secundan y enseguida nos encontramos envueltos por la bandada más grande que haya visto jamás. El batir de las alas se mezcla con el ensordecedor graznido de garzas y espátulas. El calor es intenso incluso al atardecer; es verano en Doñana.

Volamos entre los flamencos. Me siento parte de su migración. Me siento libre. Me siento un ave; ¿soy un ave?

Poco a poco, nos vamos quedando atrás. Las bandadas se alejan. El naranja del cielo queda moteado de miles de puntos oscuros.

– ¿Adónde van? –pregunto.

La anciana no responde. Aterriza sobre una duna. Nos sentamos de frente al ocaso. Un duende revolotea a nuestro alrededor. La arena se me escurre entre los dedos para dar paso a la fría roca de la cima de una montaña que no logro identificar. El sol es una fina línea en el horizonte y una gama de azules se desliza por el firmamento. La luna creciente brilla al este.

Me giro hacia la anciana, pero, para mí sorpresa, ella ya no está; en su lugar, una adolescente está recostada sobre la roca. Viste largas faldas de color negro y una camisa blanca de encaje.

– ¿Quién eres? –pregunto, confundido.

– Una niña que amaba la montaña –responde, y los ojos de café la delatan.

– ¿Dónde estamos?

– En el Naranjo de Bulnes, el Pico Urriellu. La razón por la que todos los lugares que hemos visitado están protegidos –la joven percibe la extrañeza en mi mirada y continúa–. Hace ciento diecisiete años que mi abuelo guió a don Pedro Pidal hasta la cima del Naranjo. Aquí descubrió la importancia de cuidar nuestro entorno. Me pregunto cuántos años faltan para que aprendamos a cuidarnos a nosotros mismos...

– Entonces, ¿tu abuelo es el Cainejo? –pregunto, sorprendido por la noticia. Ella asiente– Dicen que subió descalzo.

– Y yo con falda. Y sin cuerdas –replica, burlona– Y fui la segunda mujer de la historia.

Oteo el horizonte, reflexivo, y me tumbo en la roca. Sobre nosotros, se ha desplegado una alfombra de estrellas. Identifico a la osa mayor, ¿será una osa pirenaica? A su lado, reconozco a la osa menor; y sonrío, al pensar en los oseznos correteando por Ordesa en primavera. El aullido de un lobo rasga el silencio de la noche.

– Mi abuelo solía decir que los de Caín no mueren, se despeñan –susurra la joven para sí– y así murió mi padre, que en paz descansa –se santigua.

Encuentro un libro desgastado con cubiertas de cuero; en sus páginas, un listado de escaladores que han logrado coronar el Pico Urriellu queda registrado para la posteridad. La segunda mujer en ascender fue Teófila Gao, el 6 de agosto de 1935. Teófila me observa al hojear el libro.

– Así que ya sabes quién soy –dice, pícara, y yo asiento, satisfecho. – ¿Y sabes ya quién eres tú? –inquieta, y la pregunta se me clava como una daga en el corazón.

Instintivamente, me hago de nuevo un ovillo y la tormenta de dudas se embravece. Teófila agarra mis rodillas. La miro y la calidez de sus ojos de café me abraza por dentro.

– No sé quién soy ni quién voy a ser. No he aprendido nada de este viaje.

Sujeta mi cara con delicadeza. A pesar de la escalada, sus manos son muy suaves. Me habla, como quien habla a un niño perdido.

– No hay que tener respuestas para todo. A veces, saber que no tenemos respuestas es todo el aprendizaje que necesitamos hacer. De cualquier modo, no hay una verdad absoluta acerca de quién serás. La única pista son las elecciones que tomas, que van trazando tu camino. Y, por eso, eres un rebaño de camellos en libertad, una flor sin arrancar, las aguas del Atlántico limpias de chapapote... –hace una pausa– A veces, como en las leyendas, las historias que nos cuentan sobre nosotros nos calan tan hondo que avivan los monstruos de nuestras profundidades y estos nos impiden navegar y disfrutar y descubrir. Porque lo más valioso de ti aún lo desconoces, está aletargado, oculto en las cordilleras, como la osa pirenaica, pero cuando ruja, su gruñido hará temblar las montañas –me aprieta los carrillos y sonrío.

Se me escapa una lágrima. Los primeros rayos de sol despuntan al este. Su luz me ciega y me obliga a cerrar los ojos con fuerza. Al abrirlos, estoy en mi habitación, recostado sobre enciclopedias y apuntes acerca de los Parques Nacionales. Me he quedado dormido, trabajando en la monografía para la Ruta Inti. La imagen de Teófila se difumina como un espejismo y, con ella, se desvanecen la osa, el lince y la flor de las nieves, para caer en el baúl del inconsciente donde guardamos los sueños olvidados.

Me desperezo. Me sorprende haber descansado tan bien. Agarro las botas de montaña del armario y las ajusto con fuerza. Me he despertado con la sensación de no saber quién soy y con la certeza de que es maravilloso. Salgo de mi habitación, con paso decidido, seguro de mí mismo. Me siento vivo, siento cómo dentro de mí existe un vacío liberador y necesario que ha de llenarse y me ilusiona ser partícipe de cómo se llena. Sé que formo parte de algo más grande que yo, de un equilibrio del que dependen el futuro de mi especie y de las demás. Estoy dispuesto a observar y conservar este equilibrio mientras me dejo llevar y disfruto; estoy dispuesto a encontrarme con el mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- Carrasco Redondo, M. (Ed) (2014). *Guía de visita ·Parque Nacional Las Tablas de Daimiel*. O.A.P.N. Recuperado de https://www.miteco.gob.es/es/red-parques-nacionales/nuestros-parques/daimiel/guia-tablas_tcm30-68595.pdf
- Carrillo, E. y Aniz, M. (Ed) (2013). *Guía de visita del Parque Nacional de Aigüestortes i Estany de Sant Maurici*. O.A.P.N. Recuperado de https://www.miteco.gob.es/es/red-parques-nacionales/nuestros-parques/aiguestortes/Guia-Aiguestortes_tcm30-60468.pdf
- Castaño Corral, A., Mateos Mateos, J. y Rivera Silva, M. L. (2010). *Guía de visita del Parque Nacional de Doñana*. O.A.P.N. Recuperado de https://www.miteco.gob.es/es/red-parques-nacionales/nuestros-parques/donana/Guia%20Donana_tcm30-64499.pdf
- Durbán Villalonga, M. y de la Rosa García, J. L. (Ed) (2015). *Guía de visita del Parque Nacional del Teide*. O.A.P.N. Recuperado de https://www.miteco.gob.es/es/red-parques-nacionales/nuestros-parques/teide/guia-teide_tcm30-68119.pdf
- Fernández, A. (Ed) (2003). *Guía de visita del Parque Nacional de Garajonay. La Gomera*. O.A.P.N. Recuperado de https://www.miteco.gob.es/es/red-parques-nacionales/nuestros-parques/garajonay/guia-garajonay_tcm30-65121.pdf
- Iglesias Duarte, C. (Ed) (2008). *Guía de visita del Parque Nacional de Monfragüe*. O.A.P.N. Recuperado de https://www.miteco.gob.es/es/red-parques-nacionales/nuestros-parques/monfrague/guia-monfrague_tcm30-66975.pdf
- Jiménez García-Herrera, J., Carrasco Redondo, M., Gómez Manzaneque, A., Bonache López, J. y Fernández Valero, E. (2011). *Guía de visita del Parque Nacional de Cabañeros*. O.A.P.N. Recuperado de https://www.miteco.gob.es/es/red-parques-nacionales/nuestros-parques/cabaneros/Guia-cabaneros_tcm30-63405.pdf
- Martínez de Paz, A. I.(junio 2019) Mujeres en el Picu Urriellu. *Grupo de Montañeros Vetusta*. (88) 22-30. Recuperado de https://www.gmvetusta.es/files/file_1726.pdf
- Martínez Puebla, E., Prieto Ruiz, J. y Centellas Bodas, A. (2005). *Guía de visita del Parque Nacional de Timanfaya*. O.A.P.N. Recuperado de https://www.miteco.gob.es/es/red-parques-nacionales/nuestros-parques/timanfaya/guia-timanfaya_tcm30-67887.pdf
- Menéndez de la Hoz, M. (Ed). *Guía de visita del Parque Nacional de los Picos de Europa*. O.A.P.N. Recuperado de https://www.miteco.gob.es/es/red-parques-nacionales/nuestros-parques/picos-europa/guia-picos_tcm30-70857.pdf
- Miranda López-Marín, J.D. y Castillo Martín, A. (2003). Lagunas de Sierra Nevada: un sinfín de historias y leyendas. *Acta Granatense* (2), 145-152. Recuperado de

<https://lagunasdesierranevada.es/wp-content/uploads/2018/04/Lagunas-de-Sierra-Nevada-Un-sinfi%CC%81n-de-historias-y-leyendas-Lopez-Castillo-ACTGRA2003.pdf>

Moreno, J. y Pino, J. (Ed) (2004). *Guía de visita del Parque Nacional Marítimo-Terrestre del Archipiélago de Cabrera*. O.A.P.N. Recuperado de https://www.miteco.gob.es/es/red-parques-nacionales/nuestros-parques/cabrera/guia-cabrera_tcm30-63011.pdf

Palomares Martínez, A. (Ed) (2008). *Guía de visita del Parque Nacional de la Caldera de Taburiente*. O.A.P.N. Recuperado de https://www.miteco.gob.es/es/red-parques-nacionales/nuestros-parques/taburiente/Guia%20Caldera_tcm30-62827.pdf

Rada Martínez, B., Marquina Murlanch, L. y Viñuales Cobo, E. (2011). *Guía de visita del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido*. O.A.P.N. Recuperado de https://www.miteco.gob.es/es/red-parques-nacionales/nuestros-parques/ordesa/guia-ordesa_tcm30-66634.pdf

Sánchez, J. (Ed) (2012). *Guía de visita del Parque Nacional de Sierra Nevada*. O.A.P.N. Recuperado de https://www.miteco.gob.es/es/red-parques-nacionales/nuestros-parques/sierra-nevada/guia-sierra-nevada_tcm30-68955.pdf

Velasco Sayago, J. P. y Carcavilla Urquí, L. (2015). Cuatro colosos de piedra de la Sierra de Guadarrama: la Mujer Muerta, Siete Picos, Peñalara y La Pedriza. En Mejías Moreno, M. (Ed) *El Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama: cumbres, paisaje y gente*. (pp. 478-489) Madrid. Instituto Geológico y Minero de España. Recuperado de <https://www.igme.es/LibrosE/ParquesN/PNacSierraGua/mobile/index.html#p=1>

Vilas Paz, A., Gamallo Liste, B., Framil Barreiro, J., Fernández Bouzas, J. A., Sanz Ochoa, K., Lois Silva, M., Toubes Porto, M. y Piorno González, V. (2014). *Guía de visita del Parque Nacional Marítimo-Terrestre de las Islas Atlánticas de Galicia*. O.A.P.N. Recuperado de https://www.miteco.gob.es/es/red-parques-nacionales/nuestros-parques/islas-atlanticas/guia-islasatlanticas_tcm30-66127.pdf